

¿qué recurso me queda? Es preciso vivir....
Si yo pudiera....

—Puede V. Todo se arreglará, si acepta lo que yo le proponga.

—No comprendo de qué manera....

—Muy sencillo es. Eche á un lado, no la dignidad, el orgullo: no piense V. más que en el arte, en el porvenir suyo y el de su hermana, y deje á mi cuidado el presente hasta que Gerome le diga: «No tengo nada que enseñarle. Sabe V. lo bastante para dejar el estudio del maestro y trabajar por cuenta propia. Pinte V. un cuadro original, firmelo, y á la Exposición con él....»

XIII.

Tan inesperado ofrecimiento dejó perplejo á Jorge Fontaine, hasta el punto de impedirle discurrir por espacio de unos instantes. Por fin se repuso, razonó, y pudo murmurar:

—Lo que acaba V. de decirme le honra mucho; sería muy hermoso; pero....

—Subleva su orgullo de V..... Yo no soy su hermano, ni su pariente, ni su amigo, para ofrecerle una protección sin reservas, y esto le hiere. Entonces varió de rumbo. Me convierto en prestamista, y usurero

por ende. V. me hipoteca su porvenir, y cuando llegue la época oportuna, liquidaremos, y me pagará V. capital é intereses.

—No; no puedo consentirlo. Eso me lo dice V. para desvanecer mis zozobras.... y decidirme á...

—Perfectamente. Aunque así fuera, debería V. aceptar. Tengo sesenta mil francos de renta, y los malgasto todos los años: ¿será V. capaz de impedirme hacer una buena acción que tranquilice mi conciencia cuando sea viejo y me remuerda por mi vida de joven? Me conformo con menos aún de lo dicho al comenzar nuestra conversación. No quiero la honra de ser el Mecenas de un gran artista: V. á nada quedará obligado; entre los dos vamos á proteger á un tercero; á su hermanita de V., á esa niña tan interesante. Yo no me casaré, porque me horroriza el matrimonio, y, por consiguiente, no tendré familia. Déjeme V. que sea el segundo padre de ese angelito; seámoslo á medias. Cuando me da por ser indiscreto, no me paro en barras. He tomado también informes en el colegio donde se educa; hablé ayer con la directora, y quedé encantado. Según me dijo, es una

mujercita, tan inteligente, tan juiciosa, tan trabajadora.... ¡Y con una disposición para la música, que no hay más que pedir!.... ¡Pero es el caso que necesita profesores especiales: un Marmontel, un Lecoupey, un Lavignac, una señora Massart!.... Sabiendo esto, y dada su posición de V., ¿se cree con derecho para impedir que esa criatura adquiera vida propia, una personalidad que la permita seguir soltera si el matrimonio la repugna? Si se muriera V., ¿qué sería de ella? ¡Pobrecita! Vaya, primero por bien suyo, y luego por complacerme, acepte V. ¡No es justo desalentarme cuando quiero convertirme en hombre de provecho!.... ¿Aún duda V.? Vamos á almorzar, para que tenga tiempo de decidirse, y después hablaremos.

Más de una mujer hubiera querido sentarse entre aquellos dos hombres, rubio el uno, moreno el otro, jóvenes y distinguidos los dos; almorzar espléndidamente con ellos en aquel comedor elegantísimo, con muebles de roble tallado y metal blanco, y al concluir, á los postres, escoger uno de los dos comensales, ¡y aun hubiera transigido, sin temor de salir perdiendo, con en-

cargar á la suerte de hacer la elección entre el dueño de la casa ó su huésped!....

Al terminar el almuerzo, Fontaine, dominado por su compañero, cediendo ante la razón, se dió por vencido. Subieron al elegante carruaje de Pedro, fumaron, hablaron, se unieron por imperiosa simpatía, mientras atravesaban una porción bastante grande de París, y por fin dieron en el colegio donde estaba Lucía Fontaine. Esta era una criatura en cantadora; tenía quince años, pero representaba más, como acontece frecuentemente con todas las criollas; se parecía mucho á su hermano, y tenía ya esa gracia de las mujeres nacidas bajo el sol de los trópicos, revelada en el hablar, en el gesto, en las miradas, en la impresionabilidad del alma, que las hace seductoras hasta lo inconcebible.

Poco necesitó para encantar á Pedro de Morlain. Sirvió, por decirlo así, para unir á los dos jóvenes más y más; fué el lazo que ató dos voluntades para crear una amistad imperecedera, haciéndoles que resultaran entre sí obligados por mutuas concesiones.

Pero si los servicios hechos á Jorge por su amigo Pedro fueron de capital impor-

tancia, no tuvieron que prolongarse mucho. En cuanto el joven artista pudo consagrarse al arte, porque ya no le preocupó el presente, y pensaba sólo en el mañana, adelantó rápidamente, tanto que en dos años terminó sus estudios. Entonces se aisló en su taller; concibió, ejecutó y expuso una obra, y del primer impulso llegó á la meta; obtuvo el primer premio en la exposición de 187...., y con esto el nombre y la base del bienestar.

El valor real de aquel cuadro, cuya corrección encantaba, clásico en la forma, pero con el sello indeleble del genio, que le hacía salirse de los límites de lo común, para formar ese estilo personal tan del agrado de los modernos, y además el éxito que supieron reforzar muy bien entre Pedro de Morlain y sus colegas del Mirlitón, pusieron á flote al autor. Los aficionados se disputaron su primera obra; por doquier recibió encargos para pintar otras; prudente, en vez de dormirse sobre los laureles, supo rechazar los halagos del orgullo; lejos de apartarlo del trabajo el triunfo, le aficionó más á él; y sus producciones nuevas fueron codiciadas, hasta colocarle desde

luego en la línea de los maestros. Claro es que esto equivalía á la fortuna. El problema del presente y el del porvenir estaban resueltos....

Entre tanto, Lucía iba creciendo en hermosura y talento, y se formaba en condiciones excepcionalísimas. Dejó el colegio para ingresar en el Conservatorio, y el primer año obtuvo el premio de piano y solfeo. Á serle preciso, hubiera podido ganarse la vida ya. Pero su hermano prefería que se dedicara al manejo de su casa, de un hotelito con su magnífico estudio, que habitaban en la calle de Prony.

Eran dos hermanos modelo. Se querían con frenesí; vivían el uno para el otro, sin dar participaci6n en su cariño más que á Pedro de Morlain, «mi hermano rubio,» que así le llamaba Lucía para distinguirle del verdadero, de Jorge, que era moreno.

¡Y sobre éste querido hermano, sobre aquel hombre para quien Fontaine era todo cariño y todo gratitud, pesaba una acusaci6n de asesinato!....

Al salir del museo del Louvre, adonde fué en busca de inspiraci6n, supo la noticia, porque en la calle de Rivoli oyó decir

á los vendedores de periódicos: «El crimen de la calle Blanche. Asesinato de una mujer por su amante. Detenci6n del asesino. Detalles curiosos. Lean Vds. la noticia del día!»

El camino hasta su casa era largo; por curiosidad y por entretenerse compró la hoja volante que le ofrecían...., y con inmenso dolor vió escrito en ella el nombre de su amigo.

Entonces corrió á la plaza de Vendome para advertir á sus colegas de Club que uno de ellos era víctima de una asquerosa calumnia, y de acuerdo con los amigos, ver de qué modo se cohibía el escándalo. Pero, desgraciadamente, en el Casino se convenció de que era un hecho, si no el asesinato, la prisi6n, y de que la noticia había corrido todo París, no sólo por medio de la hoja volante, sino por los periódicos de la tarde.

Asistió á la discusi6n que hemos reproducido arriba; obtuvo nuevos detalles, y salió del Círculo lleno de pena, doblemente honda por la que iba á causarle á Lucía, que sin duda aún lo ignoraba todo.

Precisamente aquel día Morlain debía comer con los dos hermanos. Era el fijado

por los tres para pasar en familia la velada todas las semanas. Pedro, que estaba solo en el mundo, gustaba mucho de aquellas dulces expansiones, y era seguro que, para faltar alguna vez al banquete de aquel hogar en que tenía tanta parte de amor, precisaba una causa muy grave.

—¡Hoy nos falta Pedro! (murmuró Jorge al entrar en su casa.) ¡Y por qué fatal error, Dios mío!....

XIV.

Lucía Fontaine esperaba sin duda la vuelta de su hermano, porque apenas tocó la campanilla se le reunió en el vestíbulo.

—¿Vienes solo? (le dijo abrazándole.) Creía que os habíais dado cita en el Círculo, y que llegaríais juntos Pedro y tú.

Jorge se desembarazó de su abrigo, y permaneció en silencio.

—¿Es que me he equivocado de día? (prosiguió la joven.) ¿No le corresponde á nuestro amigo comer hoy con nosotros?

— Sí, pero no puede venir.

En esto llegaron al saloncillo del piso bajo.

— ¿Qué dices? ¿Qué ha sucedido? Es la primera vez que falta á nuestro modesto convite. Pero ¿estás triste? ¿Qué tienes? (prosiguió, advirtiendo el abatimiento de su hermano): dime: ¿qué pasa? Habla, habla por favor, —prosiguió, juntando las manos en actitud suplicante.

— Pues bien; sí, algo extraordinario ha sucedido en efecto. Un accidente.... imprevisto.... increíble. Pero todo se arreglará; tranquilízate.

— ¿Qué es ello? Habla pronto.

— Acusan á Pedro de una cosa absurda, monstruosa....

— ¿De qué pueden acusarle?

— De haberse dejado arrebatarse por la cólera, y, fuera de sí, haber herido....

— ¿Á quién? ¿Á un imprudente que le insultó?

— Sí, ella debió amenazarle.

— ¡Ella! ¿Luego se trata de una mujer?

— Sí, de una mujer.

— ¡Oh! Eso es imposible; pero ¿de qué mujer se trata?

Jorge Fontaine no contestó.

— ¿Por qué no me contestas? (prosiguió su hermana). ¿Tienes miedo de explicarte delante de mí? Comprende que ya no soy una niña. Tengo más de veinte años, y la educación que me diste me hace aún más vieja. Te propusiste que si faltabas tú supiera valerme por mí misma, y lo lograste. Todo lo puedo oír sin riesgo ninguno. Dime, pues: ¿quién es esa mujer?

— Una antigua actriz llamada Laura de Vivian, que Pedro conocía desde hace algunos años, y de la cual quería separarse.

— ¿Y lo acusan de haberla asesinado? ¡Oh! Eso no puede ser. Cuéntamelo todo. Por lo que más quieras, te ruego que no me ocultes nada.

Jorge, acostumbrado á complacerla en todo, y comprendiendo que de todas maneras se enteraría de lo ocurrido, obedeció. Repitió palabra por palabra la conversación de los socios del Casino, añadiendo todos los antecedentes que á su vez había podido adquirir.

Lucía, emocionada, llena de interés, le oía sin perder un detalle. Nadie al verles hubiera podido dudar del estrecho parentesco que los unía. Se parecían extraordi-

nariamente. Como su hermano, era la joven alta, hermosa, robusta, con el talle flexible y ondulante. Tenía la nariz griega, los ojos rasgados, de dulce mirar, y adornados por largas pestañas y bien dibujadas cejas. Sus cabellos eran negros y abundantes, sus labios rojos y frescos, y su tez pálida, pero con esa palidez natural que de ninguna manera puede ser producto de la falta de salud. La figura de Lucía era, lo mismo que la de su hermano, digna de llamar la atención, y estaba embellecida por la gracia femenina y por el encanto de la primera juventud. Era más pura, más correcta, más dulce.

— ¡Pedro no puede ser culpable! ¡No lo creo, no puedo creerlo! — exclamó luego que su hermano hubo terminado el relato.

— Como tú opino, y como tú estoy cierto de no equivocarme. Pero, ¿en qué te fundas para no poder admitir su culpabilidad?

— No lo sé; una voz secreta me dice que es inocente: además, con los antecedentes de esa mujer, no hay posibilidad de que Pedro se cegase hasta el punto de matarla. Un hombre de corazón como nuestro amigo, es

incapaz de cometer un crimen semejante si la pasión, los celos, por ejemplo, no le impulsan á ello, y Pedro no podía estar celoso.... porque no la amaba.

Jorge escuchaba admirado esta manera de razonar, y pensaba que, en efecto, su hermana había aprovechado la educación viril que le dió. La joven, aquella niña, discurría como una mujer. Merced á la observación, reflexionaba, é intuitivamente conocía ya la vida. Á él le debía esta especie de ciencia instintiva; quizás también influía en esto la viveza de su inteligencia. El sol de los trópicos, no solamente vigoriza y desarrolla las plantas; también anima los espíritus, los corazones, y, como en aquéllas, determina una precocidad pasmosa.

Sin embargo de reconocer que el razonamiento de su hermana era muy lógico, Jorge respondió sencillamente:

— Pero los celos no son el único móvil capaz de producir una locura pasajera: una injusticia, un insulto, una amenaza....

— Es verdad; pero en tal caso al volver en sí un hombre honrado, espía su falta entregándose á la justicia, diciéndola: «En un momento de extravío he cometido un cri-

men: castigadme.» Ahí tienes cómo hubiera procedido nuestro amigo si fuera culpable de lo que se le imputa: esa hubiera sido su conducta, en vez de irse tranquilamente á su casa. Ciertamente no hubiera sido capaz de arrodillarse hipócritamente delante del cuerpo de su víctima para protestar de su inocencia.

—¡Es verdad; tienes razón!— exclamó Jorge.

Á su pesar, en medio de la zozobra que le producía ver preso á su amigo más querido, acaso por efecto de su imaginación, aunque pensaba que debía tratarse de un error, no pudo evitar que algunas dudas le asaltaran. Las últimas palabras de su hermana, ó, mejor dicho, su acento convencido, le persuadieron.

—Pero la justicia (prosiguió) no se contenta con razonamientos como los nuestros; para declarar inocente al que presume culpable, necesita pruebas concretas. La mejor de todas, la única quizás, la que ya le han exigido, es la coartada. Pero él se niega á decir dónde pasó la noche, y qué hizo á la hora en que debió cometerse el crimen.

—Esa prueba tú puedes proporcionarla, —exclamó Lucía con violencia.

—¡Yo! ¿De qué manera? Anoche no vi á Pedro; no me separé de ti....

—Infórmate, investiga.

—Bien quisiera.... Pero cuando Pedro se niega á hablar, en el supuesto de que averigüe yo lo que él no quiere decir, ¿tengo el derecho de revelar su secreto?

—Se trata de su libertad, de su honra, tal vez de su vida. Acaso por un exceso de delicadeza guarde silencio. Nosotros no nos encontramos en igual caso.

—¿Por delicadeza dices? ¿Crees?....

—Sí (repuso Lucía en voz baja); creo que ama á una mujer; que pasó la velada junto á ella, y todo lo sacrifica por no comprometerla..

Al pronunciar estas palabras, dos gruesas lágrimas, largo espacio contenidas, resbalaron por las mejillas de la joven.